
RUBÉN AZÓCAR

Archipiélago de Chiloé

País autóctono

SUCEDE que no hay otra región de Chile que posea como Chiloé una personalidad tan definida y autóctona, realzada en relieve por la imponencia de su despedazada geología, por la magia eglógica de su naturaleza verde y fresca, por su horizonte vasto de soledad y lejanía.

El país se describe como un mapa más celestial que terrestre, tal cual si fuera una constelación copiada por las guas del océano que circunda, como el aire a las estrellas, sus innumerables islas solitarias o en racimo, cercanas o distantes, grandes o pequeñas sobre el intrincado laberinto de canales y surgideros, abras y rías y golfos profundos.

La luz primaria del otoño húmedo y nebuloso, o la noche original de las lluvias y los vientos suspendidas del cielo tempestuoso del invierno, o el hálito de aromas de la primavera o el suave y breve sol de los veranos instituyen la singular meteorología de sus estaciones.

Desde el seno de Reloncaví, en el norte, hasta la península de Taitao, al sur —cinco anchos grados de latitud—; desde las tierras y ventisqueros del este —la tierra firme, la nieve y los ríos continentales—, hacia la vastedad del gran océano, el archipiélago ofrece el soberbio espectáculo de la lucha de las aguas y la tierra; al impulso poderoso de las mareas y los vientos corren las aguas a reventar sus olas contra los dilatados litorales, rebasando el curso de los canales, el abrupto relieve de sus playas rocosas; abren los golfos sus verdes brazos, las montañas se inclinan sobre las aguas embravecidas del océano.

Junto a los secretos fiordos, al fondo de las abras y rías en las laderas ribereñas se alzan los alegres pueblos acogedores: Chacao, Ancud, Quemchi, Dalcahue, Rauco, Curaco, Puqueldón, Huidad, Apiao, Agoní, Cailín, Terao, Chaunilec, Imelev e Imerquiña, Achao y Castro y Chonchi y cien más:

*De día, puertos de mar;
de noche, puertos de cielo. . .*

Hasta ellos bajan de las montañas los delgados caminos; por sus aledaños suben al interior los campos de labranza; más arriba, las pequeñas colinas y el tranquilo color de las selvas. Allí y acá, incontables, las iglesias levantan con infantil gracia de geometría sus torres y sus cruces.

Hay la Isla Grande de Chiloé —ocho mil trescientos y más kilómetros de superficie— y hay los archipiélagos menores del mar interior: Quinchao, Chauques, Guaitecas, Chonos, Desertores, y las minúsculas islas solitarias y verdes.

La Isla Grande pone su recio continente para encararse con la inmensidad del Pacífico abierto, defendiendo la fragilidad de los archipiélagos mediterráneos; pero el océano penetra bullicioso y terrible por el canal de Chacao, hasta golpear con sus espumas las lejanas costas de Chile, al este, donde hay territorios desconocidos, ríos inexplorados, volcanes y ventisqueros: Futalefú, Palena, Mahuida, Yelcho, Corcovado; o se desborda, temerario y combatiente, por la ancha boca de Hualo, empujando las lluvias torrenciales, las grandes tormentas, los vastos temporales del sur.

Hay los grandes ríos de la isla. El Pudeto, de amplio estuario navegable, con lindas tierras labrantías, con bosques naturales, flores y pájaros autóctonos, inunda y fertiliza los campos hasta los contornos de las colinas de su valle y descende hasta el golfo en perenne lucha con el océano. El río Gamboa abre un silencioso y retorcido cauce por entre las montañas, y baja, turbulento de súbito, a extinguirse en la ría de Castro, por el oriente. El río Chepu, caudaloso y varonil, abraza a la isla por la cintura y penetra como un torrente en el Pacífico, al oeste. Hay los Desaguaderos de los lagos que corren apacibles y olorosos en un constante suceder de aguas oscuras y tibias.

En mitad de las montañas, al centro de

la isla, rompiendo las cadenas de los cerros, están los lagos, secretos, distantes y profundos: Chaiguata, Tepuhueico, Tarahuin, Huillinco, Cucao; la conjunción de sus aguas, el color de sus selvas, de la luz del cielo y del aire de soledad y misterio que los envuelve, le conceden a la hidrografía chilota un encanto inaprehensible de ensueño o poesía.

Tendidas o suspendidas, rodeando o subiéndolo los cerros de breves laderas, están las ciudades: Ancud, la gentil, asoma sus rostros, tocada de alegres colores, cruzada por calles de caprichosa trayectoria; es como un puerto de novelas; olorosa a mar, a tierra, a selva, descende desde los altos de su horizonte hasta la playa de su golfo espacioso y bravío.

En el borde oriental, ahí donde se anuda intricable la geografía chilota, está Castro, ciudad vieja y sufrida, surgiendo de en medio de su destrozado panorama; un incendio la arrasó hace pocos años; hoy, la actividad de sus pobladores, su pulso comercial le han dado una fisonomía de ciudad chilena, al margen de la tradición insular, la arquitectura de cemento y fierro la lleva a ser el eje céntrico de la vida económica del archipiélago.

Más al sur, frente a la isla de Lemuy, en el cruce de las rutas de Chiloé y Magallanes, el puerto de Chonchi expone el pecho a la intemperie, templando el carácter de sus hombres. La ancha calle se descuelga desde el cerro más alto, atraviesa la aldea y cae al mar. Las casas están pintadas de rojo, de gris, de blanco, dispersas entre los árboles. Sobre los pilotes de luma, veinte, treinta casas se internan sobre las aguas. Un paisaje de égloga circunda a Chonchi, encerrando el caserío de su aldea entre el cielo, el mar y la montaña.

Breve Historia

El activo caballero don Martín Ruiz de Gamboa fundó la ciudad de Castro, capital de Nueva Galicia, en 1567; pero quien escribió la primera página de la vida del archipiélago fue el poeta don Alonso de Ercilla y Zúñiga, cuando grabó en la corteza de un árbol, al norte de la Isla Grande, año de 1558, la octava real de la *La Araucana*.

Aquí llegó donde otro no ha llegado...; pero don Alonso de Ercilla ignoraba que don Francisco de Ulloa había sido el primer español que pisara la tierra chilota, en

1553, aunque es verdad histórica que don Alonso de Camargo ya había divisado las costas del archipiélago en 1540, cosa que, por otra parte, ya había acaecido en 1520 con el gran navegante portugués don Hernando de Magallanes.

El reino de Nueva Galicia, perdido en los términos australes del Mar del Sur, pasaba luego a depender por decreto de la monarquía española del virreinato del Perú.

Lo colonia llevó una vida lánguida que animaban los consabidos sucesos: piratas, incendios, pestes, fiestas religiosas, expediciones en busca de la Ciudad de los Césares, arribo de buques y viajeros.

Castro y Ancud eran los refugios de las naves que venían del norte.

Sobrevino la Compañía de Jesús y organizó la vida económica del archipiélago; surgieron las comunidades, establecieron el reparto de las tierras entre los indígenas y la división del trabajo agrícola, la ordenación de los poblados en torno de las iglesias y casemitas. La explotación brutal de que eran víctimas los indios fue encauzada cristianamente, hecho que no ocurrió seguramente en otras regiones de América.

Así se desarrolló la vida social en paz de patriarcado, moviendo una actividad agrícola de cierta nombradía; las maderas, el trigo, las papas, los animales se exportaban al Perú; en Dalcahue, un astillero construía las grandes naves de calado para los largos viajes a Panamá; se lavaba oro en las márgenes de los ríos; los jesuitas enseñaban las artesanías para los usos domésticos; el ensayo de las comunidades creó sanas costumbres de ayuda mutua, sentimientos de honradez y responsabilidad entre los indios que hasta el día de hoy se conservan tradicionalmente.

Hubo las expediciones científicas de Moreda y Malespina; los viajes del Padre Menéndez y José García en busca de la ciudad de los Césares; ocurrieron las depredaciones de los piratas holandeses, la destrucción de Castro, los terremotos asoladores, incendios, calamidades, la expulsión de los jesuitas.

Por último, la guerra de la Independencia y la liberación de Chiloé pusieron término al dominio de España y a la influencia del Virreinato del Perú sobre el archipiélago, cuando en 1826 las tropas chilenas de Freire derrotaron en Pudeto y Bellavista al veterano ejército chilote del brigadier don Antonio de Quintanilla.

Incorporado a la República, el país ha

contribuido honrosamente al desenvolvimiento intelectual, económico y social de la vida chilena, pero la República le ha mezquinado al archipiélago sus debidas atenciones, y hasta hoy, esta lejana región de Chile vive semidesconocida, olvidada y entregada a su suerte, y como en los viejos tiempos del coloniaje español, el espacio de su historia de provincia chilena se llena de los consabidos sucesos: incendios de ciudades, temblores, calamidades, vida lánguida, abandono, propósitos a medio realizar, esperanzas y desesperanzas.

Etnografía, Leyenda y Tradición

Llegaron los señores gobernadores, los militares y los encomenderos; llegaron de Galicia las familias, los sacerdotes y los soldados; estructura y esencia de la sociedad española de la península del tiempo del Imperio. No llegaron desde Chile, ni pueden ser llamados conquistadores. Fueron colonos, artesanos, labradores gallegos en su mayoría que venían del Perú o directamente de España: padres, hijos, hermanos, parientes consanguíneos que prolongaron y fijaron hasta nuestro tiempo la configuración social de España.

La población indígena, los huilliches, perseguidos y arrojados del continente por las tribus belicosas de Chile, cayeron sin oponer resistencia bajo la servidumbre de los blancos, en el carácter de mitayos. Estos indios, dicen los cronistas, son pacíficos, sumisos y obedientes; son esforzados en toda suerte de trabajos y aprenden con facilidad; pero son supersticiosos y viven bajo el dominio de sus brujos y de mitos del más grosero paganismo.

Los frailes se dieron a la tarea de catequizarlos, de sacarles de la barbarie; les enseñaron las prácticas rituales del cristianismo, sus dogmas y misterios; pero no pudieron hacerles olvidar su mitología, ni abandonar sus supersticiosas costumbres; de aquí arranca el confusionismo místico pagano-cristiano que en veras domina el espíritu de los indios que viven lejos de las ciudades y que, aunque instruidos, observan las prácticas de sus antepasados grotescamente mezcladas con los ritos y creencias católicas. El resto de la población indígena, que vive en contacto permanente con la vida civilizada, forma la clase de los campesinos y artesanos. Así los huilliches conservan la pureza de su ancestro, sus usos y costumbres tradicionales.

La población insular creció con faci-

dad en la Colonia por el mestizaje de padres blancos y mujeres huilliches; los sucesivos cruzamientos fueron determinando paulatinamente el aumento de la clase mestiza, mientras el indio puro asentaba su vida en los bosques, junto a los ríos y lagos del centro o interior de la Isla Grande, o se alejaba de los pueblos para habitar las pequeñas islas mediterráneas.

Los blancos o caballeros o castellanos cuidan celosamente de mantener las tradiciones familiares, de preservar la sangre de sus abuelos; sus genealogías que se remontan a los siglos XVII y XVIII ejercen la más alta influencia en la vida insular; son gentes de distinguida presencia, de caballerosos ademanes; hablan con propiedad y gracia con el acento característico del castellano de otro tiempo; y aunque empobrecido o poco cuidadosos de su hacienda, añoran lejanas opulencias, conservan viejos pergaminos con sus sellos reales y observan anacrónicas costumbres y mantienen la memoria de rancias prácticas; orgullosos de su estirpe, desprecian al mestizo enriquecido, hostilizan al extranjero emprendedor y se sirven del indio como de un esclavo.

Los mestizos constituyen la mayoría ciudadana; nacieron y se desarrollaron en los pueblos capitales, sufriendo con paciencia su inferioridad; dedicaron su vida a los oficios y artesanías, a la mano de obra, a la pesca, a los viajes marítimos. De entre ellos han salido los célebres marinos que han navegado por el laberinto de las aguas magallánicas hasta el Cabo de Hornos o se han aventurado por los mares de Chile hasta Panamá en frágiles embarcaciones: los marinos chilotos.

Los indios, los siervos de los primeros colonos españoles, son hoy los campesinos; cultivan a la rutina el pedazo de tierra que sus antepasados heredaron de las comunidades jesuíticas u ofrecen sus brazos a la labranza de los ejidos de los más poderosos. Más de alguno extiende sus posesiones y aun enriquece con el negocio de la crianza de animales; entonces abandona su reducho para bajar a vivir en los pueblos junto a los caballeros y mestizos, o —hecho que se extiende para daño de la vida chilota— emigra a la República Argentina para ganar allá buenos pesos nacionales en las faenas de las esquilas y los frigoríficos.

Constituida sobre la traición más antigua y más viva que la de cualquier parte de Chile, la vida del archipiélago se desenvuelve orientada por la influencia de la Iglesia; las capillas, parroquias, ermitas

distribuidas por todos los rincones son incontables.

Chiloé es un país singular que duerme sobre el pulso de su sangre, que es la tradición y la leyenda. Y en verdad, aunque no hay en él ni más ni menos mitología, sucede que ésta es más acabada y perfecta que las de otras regiones; un profundo sentido de humanidad y realismo vivifica sus leyendas que, adornadas de ingenua y pura poesía, poseen los signos que distinguen las cosas perdurables y universales.

Tierra de misterio no es; ni es tampoco lo pintoresco recogido por el ojo del viajero que, impresionado por la lejanía y la soledad de aquellas latitudes, se siente obligado a la fuga y no se detiene para acercar su oído al corazón de este pueblo singular; por esto, el viajero se lleva sólo la maravilla fugaz del paisaje, los matices de ensueño de su flora, la difusa vastedad de sus cielos; o gruñe por lo bajo su desaliento ante la pertinencia de sus lluvias y la presencia de los vientos impetuosos que empujaban, soplando y soplando, los temporales y las nubes; el viajero afortunado recoge el recuerdo turístico del ir y venir de las lindas embarcaciones de altas proas

que con sus blancas velas desplegadas surcan las apacibles aguas de sus canales, o se va con el recuerdo agradable de la fineza y generosidad de la gente chilota, del tono cantarín con que le hablan, del silencioso respeto con que le observan o del sabor inolvidable de sus viandas y bebidas típicas.

La sustancia real de este país queda sumergida, para el extraño, bajo el color de lo pintoresco y superficial, pues Chiloé parece esconder celesamente su ser esencial, sus virtudes, sus defectos, su realidad de pueblo autóctono. El archipiélago defiede su existir sosegado y pacífico, sin agria resistencia a lo nuevo, sin notable oposición al rumbo del progreso que invade lentamente su territorio; es un pueblo de tranquilo perfil, de suave carácter, ajeno a los grandes afanes, asentado al borde de sus islas con los ojos fijos y esperanzado en los horizontes del océano y las manos puestas sobre sus tierras de labranza.

Es un país de navegantes y pescadores, de labradores y pastores, de gentes sencillas y acogedoras, unidas como en un haz de lejanos y firmes vínculos de sangre y de espíritu.